

**DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO DE RELACIONES  
EXTERIORES Y CULTO EN EL ACTO DE  
GRADUACIÓN DE LA UNIVERSIDAD PARA LA PAZ  
13 DE JUNIO DE 2019**

Señor Rector de la Universidad para la Paz,  
señor vicerrector,  
señoras y señores profesores,  
señoras y señores graduados,  
amigas y amigos:

Les saludo muy cordialmente en nombre del Gobierno de la República y en el mío propio. Agradezco profundamente a la Universidad para la Paz, en la persona del señor rector, la amable invitación que me dirigió para dirigirles unas palabras en oportunidad tan señalada, como es la de la culminación de los empeños de una nueva generación de estudiantes de esta casa.

Además de lo que su misión y su actividad simbolizan y significan, tengo para la Universidad para la Paz un lugar especial en mis afectos, asociado con mis años mozos. Hace cuarenta años, cuando desempeñaba yo un cargo en la Embajada de Costa Rica en Washington, el gobierno del presidente Rodrigo Carazo lanzó la iniciativa de crear esta institución, y para conseguirlo puso en movimiento a todos los diplomáticos costarricenses. De manera constante, sistemática, tesonera, se nos indicaban acciones y se nos exigían resultados.

Hubo hasta quienes pensaron que había algo obsesivo e inconveniente en esa insistencia en una idea que parecía de contornos borrosos, y que sin embargo se había convertido en uno de los objetivos inmediatos de la política exterior nacional. Pero hicimos la tarea; se vencieron las oposiciones, y las Naciones Unidas adoptaron en 1980 la resolución dirigida a la creación de la Universidad. Me siento muy contento de haber participado en aquel entonces, aunque fuera de modo muy modesto, en los esfuerzos que llevaron a dar vida a esta institución, y participar en una de sus graduaciones es casi una recompensa personal.

Con mucha complacencia, también, presento mis efusivas felicitaciones a quienes protagonizan esta graduación y reciben hoy el título de maestría, y me llena de orgullo que entre ellos tengamos a un destacado y competente funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, don José Carlos Jiménez, quien ha prestado eminentes servicios en nuestra Dirección Jurídica. Espero que el acto de hoy, aunque para los graduados constituya la conclusión de un esfuerzo importante, sea solamente el inicio de una nueva jornada de luminosos horizontes en sus vidas, tanto en lo académico y profesional como en lo personal.

Mi felicitación es también extensiva al cuerpo docente y al personal administrativo de la Universidad, cuya labor, en su respectivo campo, a lo largo de cursos y actividades, ha permitido al estudiantado concretar sus aspiraciones académicas y llegar felizmente hasta este día en que tales sueños se cumplen.

Señoras y señores:

Costa Rica, que se separó de la Monarquía Española en 1821 sin disparar un tiro, valoró enseguida la importancia de mantener la paz, y de hecho la Constitución que se dio enseguida fue conocida con el gráfico nombre de Pacto de Concordia. Pero en 1823 estuvimos a punto de perder el rumbo. Hubo una breve guerra civil, y aunque solamente duró un día, dejó hondos rencores. Discutían los jueces qué hacer con los caudillos de los vencidos y alguien propuso fusilarlos. Se le pidió entonces opinión al salvadoreño don Nicolás de Espinosa, único abogado del tribunal, y este sugirió enterrarlos vivos. Cuando los demás exclamaron que eso era una monstruosidad, Espinosa replicó:

*“También es una monstruosidad castigar a los vencidos de manera que la indispensable reconciliación de los ánimos se haga imposible. Propongo que se condene a los reos a vivir en roce y en comunicación continua con nosotros, a fin de suavizar asperezas, y de enemigos políticos envenenados hacer amigos fieles y sinceros: venzámoslos por segunda vez con la generosidad.”*

Espinosa tenía una visión muy clara del futuro. Su generosidad convenció a los demás jueces, y en vez de ejecutar a los vencidos, los condenados a vivir durante cierto tiempo entre los vencedores. Y a fin de cuentas, obligar a unos y otros a la convivencia recíproca hizo más por la reconciliación y la paz del país que todos los triunfos militares.

Ciento setenta y un años más tarde, el 8 de mayo de 1994, el ilustre pensador costarricense don Alberto Cañas, hizo referencia a la transformación de grupos políticos, antaño enemigos, en partidos *“leal, limpia, democrática y pacíficamente adversarios. Simplemente adversarios, pero unidos por el denominador común del respeto recíproco y del amor a la Patria”*. Y en eso consistente la vivencia de la democracia: en ver a quien discrepa de nosotros, simplemente como un adversario, con el que mañana tal vez podamos coincidir. Que es un conciudadano igual que nosotros, que hoy puede estar entre los gobernantes y mañana entre los gobernados, o viceversa, sin necesidad de que nadie sufra violencia, prisión o destierro por ello.

La paz no puede ser vista como la simple ausencia de conflictos militares. A lo largo de la historia, encontramos muchos ejemplos de esa paz triste, de esa paz conformista como la que hay, decenio tras decenio, en las dictaduras más oprobiosas, simplemente porque el aparato represivo evita o deshace las protestas, y se vive, como alguna vez escribió Pedro Antonio de Alarcón, en una paz de *“oficial alegría y entusiasmo bajo pena de muerte”*. Esa supuesta paz, esa falsa paz, es estéril y ficticia, porque se basa en convertir el miedo y la violencia en sistema de gobierno, en forma de vida. En crear diariamente sufrimiento a personas concretas para mantener los principios de una ideología o los privilegios de una pandilla.

Ahora bien, si una sociedad quiere una paz efectiva, duradera, productiva, auténtica, es indispensable contar con personas que sepan construirla, sentirla, vivirla. Es allí donde el sistema educativo tiene un papel fundamental, porque la edificación de sociedades libres, democráticas y en paz consigo mismas y sus vecinos, solamente tiene éxito duradero si se cimenta en la educación.

En 1844, en la inauguración de nuestra primera universidad, el entonces canciller y después presidente don José María Castro Madriz lo planteaba con toda claridad:

*“La ignorancia es el origen de todo el mal que se encuentra en la tierra; de todos los vicios que corrompen el mundo; de todos los crímenes que alteran el orden social... y por consiguiente, el modo más eficaz de precaver los delitos será la difusión de las luces.... Esta necesidad se hace aún más imperiosa en los gobiernos libres respecto a ser en ellos más laxos los resortes de la autoridad, y a que todos más, o menos, son llamados a ejercer funciones públicas. ¿Cómo prestarán su obediencia voluntaria a la ley? ¿Cómo sabrán desempeñar los oficios que eventualmente les toquen, quienes ignoren sus derechos y deberes; quienes no hayan sido antes iniciados en los principios que mantiene la paz y el orden en las sociedades?... la libertad sin educación es casi ilusoria... Débese también a la magia bienhechora de las letras que el poder físico vaya perdiendo su preponderancia sobre la tierra: que a la ley del más fuerte se sustituya el imperio de la razón, y que las armas cedan el lugar a las transacciones diplomáticas.”*

¿Cómo construimos una paz democrática? ¿Sobre arena, para que nada crezca de ella y sea barrida a la primera tormenta? ¿O sobre tierra fecunda, donde germine y dé fruto? La diferencia, nunca podrá insistirse lo suficiente, la hará la educación. Una educación que enseñe la diferencia; que inserte en las conciencias la idea de que la paz, más que un derecho, es una responsabilidad.

Y una responsabilidad que no compete exclusivamente a los gobiernos o a los organismos internacionales, sino a todas y cada una de las personas que habitamos este planeta. Por ello, el mensaje y el aprendizaje de la paz se debe recibir desde la infancia y prolongarse en la adolescencia, en la juventud, en la madurez. Porque en todas esas etapas hay que seguirla practicando, comprendiendo, protegiendo, defendiendo. En todas ellas, y en todas las actividades de la vida, hay que llevar en el espíritu y en la acción la idea de que la paz conlleva respeto, negociación, reconocimiento de la dignidad de las demás personas, voluntad para trabajar con quien discrepa y convertir la pluralidad no en un delito sino en una riqueza.

Lamentablemente, los seres humanos no llevamos automáticamente en el ADN los genes de la paz. La historia de nuestras guerras, brutalidades y violencias de toda clase desde épocas remotas parece confirmar que no necesariamente las sociedades ven en la paz un valor, y de hecho ha habido muchas culturas donde más bien la guerra ha sido la exaltada, la glorificada: para muchos pueblos, Marte siempre fue más importante que Irene. Hoy podemos escandalizarnos de eso que a nosotros nos parece un absurdo evidente, pero seguimos sin llevar la paz en el código genético. Hay que aprenderla, y para que pueda ser aprendida hay que enseñarla. Es allí donde instituciones como la Universidad para la Paz se vuelven decisivas.

Al educar formadores para la paz, esta institución asume una tarea que puede compararse como la que realizan muchas religiones al formar a sus misioneros. Quien sale de estas aulas, con una sólida formación especializada, no es meramente una persona portadora de un título universitario: está también llamada a ser portadora de un mensaje, agente de cambio, apóstol. Con los conocimientos adquiridos en estas aulas, tanto en el ámbito conceptual como en el estudio de casos prácticos y problemas reales, quien se gradúa hoy está en condiciones de contribuir, en múltiples campos, a la promoción de la paz, al logro de la paz donde falta y a su consolidación donde ya existe. Ese aporte puede ser especialmente valioso cuando se lleva a los gobiernos, a los cuerpos diplomáticos, a los organismos internacionales, a las organizaciones no gubernamentales, a las instituciones educativas en sus distintos niveles, a las organizaciones de la sociedad civil. Pero es igualmente importante cuando se proyecta en el ámbito del hogar, de la pequeña comunidad donde se vive o se trabaja o simplemente cada vez que se interactúa con otra persona.

Hasta fecha relativamente reciente, la paz solamente se pensaba como un asunto concerniente a la humanidad. A nuestros antepasados no se les ocurrió pensar en que también había otras partes interesadas.

Sin embargo, la irresponsabilidad de los seres humanos y la destrucción que por su causa se ha generado, han hecho que en tiempos recientes, hayamos tenido que empezar a preocuparnos, cada vez, por la paz con otras especies, por la paz con el planeta. Y es que de nada va a servir que las personas logren vivir en paz entre ellas sino tienen un planeta habitable donde hacerlo. Por ello me parece que toda consideración sobre la paz como valor debe incluir indispensablemente el componente de la paz con el ambiente.

Señoras y señores:

Costa Rica, dichosamente, ha vivido casi siempre en paz. En una paz de las de verdad, sustentada en un efectivo respeto a la dignidad de los seres humanos y en una democracia que cada vez se ha hecho más pluralista, más inclusiva, más participativa. Pero, como todos los países, este ha tenido páginas sombrías. Una de ellas se estaba viviendo hace un siglo, cuando inusitadamente el país está gobernado por una tiranía, con todos los ingredientes habituales de asesinatos, represión, tortura, militarismo desbocado, farsas electorales, prensa silenciada, catástrofe de la economía y galopante corrupción hasta dejar exhausto al erario.

Hace exactamente 100 años, el 12 y el 13 de junio de 1919, hubo en San José vehementes protestas contra la dictadura. Sus protagonistas principales fueron las maestras de primaria, las muchachas del colegio de Señoritas y los jóvenes del Liceo de Costa Rica. El gobierno, como suelen hacerlo todas las tiranías, respondió a golpes y a tiros, pero no pudo evitar que el segundo día de las manifestaciones, el viernes 13 de junio, una multitud enardecida y exasperada le prendiera fuego al repelente periódico gobiernista. El régimen, gracias a su inmenso poder militar, todavía aguantó dos meses, pero finalmente colapsó y el dictador y sus allegados tuvieron que abandonar el país, en medio del repudio de todas las personas decentes.

Esas maestras, esas muchachas del Señoritas, esos jóvenes del Liceo, marcaron la diferencia. En tributo a su lucha se dio después a una importante calle de San José el nombre de Paseo de los Estudiantes. Llevaban en sus conciencias la idea de que el ser humano está hecho para vivir en un ámbito de paz, pero de paz auténtica, de libertad, de democracia, de respeto a sus semejantes y a sus opiniones. Y porque Costa Rica la vive y la sabe posible, es que aspiramos a que todos los pueblos la disfruten y puedan ver a sus hijos crecer y desarrollar sus vidas en esa paz. Porque Costa Rica la vive y la práctica, vemos con dolor que pueblos hermanos de América estén sufriendo por su ausencia, por la falta de libertad, la falta de democracia, el irrespeto a los

derechos humanos, que son la savia y la columna vertebral de la paz.

Porque Costa Rica la vive y la siente, se engalana con la presencia en este suelo de la Universidad para la Paz. A quienes trabajan en ella, a quienes estudian en ella, a quien salen de sus aulas llenos de conocimiento y de entusiasmo, vaya hoy nuestro testimonio de gratitud y nuestro homenaje de respeto y afecto.

Muchas gracias